



EL HOMBRE COMO METÁFORA DE SÍ MISMO

DAVID GUZMÁN JÁTIVA

Pontificia Universidad Católica del Ecuador

dguzman950@puce.edu.ec

Resumen:

Este ensayo discute la filiación entre literatura y ciencia, y cómo un territorio denominado ciencia ficción se presenta como problema de conocimiento, en el más amplio sentido del término: como expresión del sentido y del funcionamiento. Mientras la ciencia ficción comparte con la ciencia un interés por la naturaleza, incluida la naturaleza humana, lo que podríamos llamar literatura como tal es una especie de desdoblamiento de esta naturaleza, es una expresión de la diferencia del hombre en relación con su naturaleza y con la naturaleza. Se discuten en este ensayo las obras de Philip K. Dick y Stanislaw Lem a la luz de las reflexiones teóricas de Immanuel Wallerstein, Ilya Prigogine y Edward Said. Es decir, el aparato teórico incluye un diálogo entre las ciencias exactas, las ciencias sociales y las humanidades. La conclusión del trabajo plantea una diferencia radical entre los conocimientos que hace posible la ciencia y aquellos que provienen de las humanidades. Esta diferencia se expresa, sobre todo, en la diferencia entre el funcionamiento de la memoria, la conciencia de sí mismo y la percepción del tiempo que tienen las máquinas, los seres naturales y el hombre. La percepción del tiempo difiere entre la capacidad para distinguir los hechos del mundo y la posibilidad del acontecimiento, del tiempo detenido.

Palabras clave: ciencia, literatura, ciencia ficción, conocimiento, memoria, conciencia, tiempo.

Abstract:

This essay discusses the relationship between literature and science, and how a territory called science fiction is presented as a problem of knowledge, in the broadest sense of the term: as an expression of meaning and functioning. While science fiction shares with science an interest in nature, including human nature, what we could call literature as such is a kind of unfolding of this nature, it is an expression of the difference of man in relation to his nature and with nature. The works of Philip K. Dick and Stanislaw Lem are discussed in this essay in light of the theoretical reflections of Immanuel Wallerstein, Ilya Prigogine, and Edward Said. That is, the theoretical apparatus includes a dialogue between the exact sciences, the social sciences, and the humanities. The conclusion of the work raises a radical difference between the knowledge that science makes possible and that which comes from the humanities. This difference is expressed, above all, in the difference between the functioning of memory, self-awareness and the perception of time that machines, natural beings and man have. The perception of time differs between the ability to distinguish the facts of the world and the possibility of the event, of stopped time.

Keywords: science, literature, science fiction, knowledge, memory, consciousness, time.

Debo confesar que este artículo parte de un sentimiento de fracaso, pero de un fracaso que, no obstante revelar la debilidad del que escribe, implica al mismo tiempo la



constatación de una diferencia irreconciliable entre el hombre y las máquinas y la naturaleza. Durante largo tiempo me he adentrado en los vericuetos de la ciencia ficción, de la ciencia y de lo que se podría denominar el vínculo entre ciencia y ciencia ficción. Poco antes de que iniciara la pandemia una noticia me llamó la atención: un profesor japonés enviaba a su robot a clase, mientras él se quedaba investigando. Semejante noticia me desconcertó. No sólo porque desde hace más de una década vivo de dar clase, sino porque la posibilidad que abría el gesto de enviar un robot a una clase tenía que ver con el sentido de la experiencia humana. ¿Qué iba a significar esa clase para los estudiantes? ¿Qué podía decirles un profesor humano que no pudiera decirles un profesor robot?

De pronto, en un súbito momento de lucidez –mezclado con una vaga melancolía– advierto que durante estos meses mis visitas a Facebook me han dejado completamente vacío. No hay nada memorable que me haya dejado Facebook. Aunque alguien cuente o muestre algo verdaderamente importante todo resulta aplanado en la red social. Entiendo que es un medio de comunicación. Pero lo mismo podría decir de una tarde -o una vida– dedicadas a la televisión o a la radio. Es fragmentario, rápido, industrial. Como quería Benjamín, los autores trabajan como productoresⁱ. El aura ha sido rota para siempre. Y, lo peor, es que los encuentros por *zoom*, los mensajes de *Whatsapp* comienzan a dejarme la misma sensación. Es, como decía alguien, la miseria de lo digital.

¿Dónde queda la experiencia? Mientras pensaba en estas cuestiones recordé una vieja canción que le gustaba a mi padre. Es el himno de la Unidad Popular de Chile. Yo la escuchaba de pequeño y aunque no era capaz de comprender el contexto, la historia, etc. para mí era una canción muy bella, posiblemente porque la asociaba a la presencia irremplazable de mi padre. Mi padre estaba con la canción. Oír la canción, o pensar en la canción, me hace recordarlo, de tal suerte que puedo llegar a las lágrimas.

El mundo virtual, los androides o robots, carecen de esa especial memoria, de esa memoria que consiste en detenerse en un solo acontecimiento, en la compañía de alguien a quien queremos. Entiendo, como lo cuenta Naief Yehyaⁱⁱ, que la memoria de los computadores difiere de la memoria humana: las máquinas almacenan memoria, datos; los hombres tienen una memoria que es como un agujero negro, que no se sabe bien cómo funciona. ¿Cómo funciona la memoria humana? El robot que va a una clase posee un enorme archivo de datos, pero carece de verdadera memoria. La memoria se encuentra asociada, sin duda, a los sentimientos de amor y muerte. De manera esquemática, Philip K. Dick trata sobre la memoria de los androides en *¿Sueñan los androides con Ovejas eléctricas?*ⁱⁱⁱ y en adaptaciones como *Total Recall*. En Dick el problema de la memoria, resulta, por decirlo de alguna forma, sometido a un proceso de esterilización, de limpieza, de asepsia. Es cierto que los androides carecen de empatía, y que, como sucede en otras novelas de Dick, la realidad puede alterarse si se alteran los recuerdos, o si se alteran los sentidos (el mismo Dick vivía en carne propia estos estados alterados de conciencia). Es cierto que alguien puede sufrir de amnesia y olvidar. Sin embargo, aun cuando alguien, como los esquizofrénicos, pierden total empatía con los otros seres humanos, o han olvidado por completo su pasado, el retorno de lo amado termina por revitalizar cualquier conciencia: frente a las máquinas de la ciencia y de la ciencia ficción cabría oponer las galletas magdalena de Proust.

Los “seres queridos” que se aparecen a los astronautas de *Solaris*^{iv} nos revelan la misma cuestión. Lem se ha enfocado en señalar que la mente humana todavía es incapaz de imaginar otras inteligencias. Sin embargo, algo que llama a la reflexión, es que los



astronautas son incapaces de aceptar los espectros que les envía el planeta. Los rechazan. No toleran la falsificación de los seres amados. Pero, ¿por qué no son capaces de aceptar un doble? La literatura de ciencia ficción está plagada de androides, robots, engendros y monstruos que suplantan a los seres humanos. Y la vida contemporánea es cada vez más un eco de esas ficciones: desde el profesor-robot a los “amigos” de Facebook, pasando por los asistentes automáticos de cualquier empresa o ministerio, y llegando a las muñecas y asistentes sexuales que consuelan a los solitarios. ¿Por qué no aceptar nuestra convivencia con estas múltiples inteligencias? Lo que sucede es que estas inteligencias pueden servir como juguetes, artefactos, curiosidades. Pero la mente humana es más compleja: no sólo depende de las posibilidades de encontrar un lenguaje que sirva para comunicarse, sino que ese lenguaje -y su realidad- se encuentra imbricado, desdoblado, adherido a la intensidad vital de la que carecen los ordenadores, programas, androides, etc. Frente a la racionalidad de un producto, el hombre -y la literatura y el arte- se mueve en el terreno de lo excesivo y excéntrico. No tendría sentido programar a una máquina para sentir angustia o soledad, pues son sentimientos o experiencias que provienen de un fondo indiscernible, me atrevería a decir que hasta cierto punto inexpresable.

Lo que sucede con la ciencia ficción –y en gran medida con la ciencia- es que sus juegos y proyecciones carecen de la vertiginosa y huidiza conciencia del ser. Esta conciencia, cuya gama de sentimientos se mueven, como dije, entre la muerte y el amor, que es como decir entre la desolación y el gozo, puede indudablemente imitarse, como lo hace Lem con esas computadoras que escriben literatura, o con esas bacterias que escriben poesía en *Magnitud imaginaria*^v. Sin embargo, existe una conciencia de la experiencia que estoy seguro se les escapa a las máquinas. Aunque una máquina sea capaz de trazar miles de combinaciones, como sucede con esas computadoras que ganan al ajedrez, no puede sentir el vértigo de jugar o la pena de perder. ¿O puede? Se le puede programar para una experiencia semejante, pero el *quid* de la cuestión, el sentido del juego o del sentimiento no proviene de sus reglas o de las ceremonias -que eso sería un sentimiento programado- que provocan. Hay algo más. Pero, ¿Qué es?

Leyendo a Emmanuel Wallerstein y a Ylia Prigogine, así como a diversos historiadores de la ciencia y divulgadores he pretendido darme por enterado de las relaciones entre el hombre y la naturaleza. Me interesaban sobre todo Wallerstein y Prigogine porque su proyecto científico –desde las ciencias sociales el primero, desde las ciencias exactas el segundo- pretendía establecer canales de contacto entre las ciencias y las humanidades. Un terreno en el que parecía lograrse esta tentativa era el de la ciencia ficción, justamente. Una de las proyecciones que reiteran Wallerstein y Prigogine es la de restablecer una cultura universal, frente a la actual división de las dos culturas. Es decir, existiría una sola cultura humana, que integra los conocimientos de la naturaleza con los saberes sobre el hombre: esta cultura humana terminaría por borrar, por lo tanto, las diferencias entre naturaleza y cultura. En un primer momento me parece loable semejante tentativa. Sin embargo, pensándolo un poco mejor, me asaltan serias dudas: semejante proyecto significaría transgredir la diferencia entre objetivo y subjetivo, por ejemplo. Significaría comprendernos a los seres humanos en términos semejantes a los de la vida animal, y viceversa. Pero, ¿Son los hombres animales semejantes a los simios, las hormigas o las ballenas? No quiero decir que los animales nos resulten totalmente ajenos. Lo que sucede es que, aunque los animales tienen inteligencia y sentimientos, difícilmente podemos reemplazar a un ser humano que amamos con un animal. Así como nopodríamos reemplazarlo con una falsificación fabricada en un laboratorio, tampoco podríamos



sustituirlo por un animal, a pesar de que el animal llegue a dominar el lenguaje humano, que es lo que sucede en muchísimas historias.

¿Esto quiere decir que las humanidades y las ciencias sociales se mueven en un terreno de excepción? ¿Que el tratamiento que deben dar las ciencias exactas a los problemas humanos debe ser siempre distinto del que dan a la materia inerte y orgánica? Prigogine^{vi} llega a decir, en *La nueva alianza*, que la naturaleza se comporta de acuerdo a muchos criterios que nosotros creemos propios de lo humano: tiene historia y cultura, según Prigogine. Es fácil advertirlo: la evolución de las especies es justamente un reflejo de una potencial historia. Sin embargo, los animales y los autómatas no pueden preguntarse por el sentido de su existencia. Sabemos que los animales sufren y que luchan por sobrevivir. Saben lo que es la muerte. Pero a diferencia de los hombres -yo diría que los animales incluso tienen individualidad- los animales no se interrogan por el significado de la compañía, de la nostalgia o del deseo.

En *Ubik*^{vii}, de Dick, o en *El congreso de futurología*^{viii}, de Lem, los personajes se encuentran atrapados en la historia. Es decir, estas novelas de ciencia ficción, aunque alcanzan una fuerza notable, como la de *1984*, o como el mismo *Frankenstein* o *La máquina del tiempo* o *El golem*, poema de Borges, carecen de la verdad de la experiencia. ¿Qué quiero decir con semejante afirmación? La ciencia ficción, y me atrevería a pensar que la ciencia como tal, en la medida en que se orienta a comprender los inventos, la materia o el cosmos, pierde de vista las cuestiones esenciales de la ética-estética que nos diferencian de las cosas y de los animales. Aunque los escritores de OuLiPo hayan inventado un método estadístico para componer poemas, o aunque en *La Voz del Amo*^{ix}, de Stanislaw Lem, se defienda una aproximación estadística y matemática a la naturaleza humana, o como quiere Prigogine, una comprensión alquímica o termodinámica, lo cierto es que las expresiones literarias y artísticas, las formas de amor y de sufrimiento se sustraen a esos modelos. Las metáforas de estos escritores y científicos, empeñados en fabricar homúnculos o en crear mundos alternativos, adolecen de una falta de gratuidad. Es decir, mientras que los poetas, filósofos y novelistas escriben como viven, lidiando con las palabras en medio del vacío, o antiguamente, enfrentándose a Dios o a los Dioses, los científicos y escritores de ciencia ficción parecen persistir en cierto método: mientras que las novelas de Kafka o de Camus o de Dostoievski, o las de Proust o Flaubert se inclinan a mirar en los abismos humanos, la ciencia ficción y la ciencia da por inexistentes esos abismos y se lanza a la búsqueda del espacio, a la exploración de la materia, etc. El problema no radica en que se haya descubierto la energía nuclear, sino en que se la haya usado para matar inocentes. El principal problema que alcanzo a advertir en mis incursiones en estos territorios es esa falta de experiencia, es decir, esa conciencia del crimen, de la estupidez o del ridículo. Así como del amor y la pena.

Cuando Edward Said describe el trabajo de Erich Auerbach, su concepción y desarrollo de *Mimesis*, nos muestra a un hombre volcado completamente a comprender la mentalidad de otras épocas, pero, además, la mente de otros hombres. El problema de la literatura no es que sea solipsista ni mucho menos, sino que, como diría el mismo Stanislaw Lem en un artículo sobre Philip K. Dick: una cosa es leer una novela de Aghata Christie y otra una de Dostoievski. Las dos tratan sobre un crimen. La primera se ocupa del suspenso, el misterio, etc. la segunda se centra exclusivamente en las motivaciones, en el porqué del crimen. Un amigo me recomendó ver *Cosmos*, de Carl Sagan. Me parece verdaderamente notable. Sin embargo, la pregunta de Leibniz me parece todavía más



abrumadora que viajar a las estrellas. “¿Por qué hay algo y no más bien nada?”

Antiguamente, los primeros filósofos griegos combinaban la ciencia y lo que podríamos llamar la filosofía. Se interrogaban sobre el movimiento, la forma, la materia. Aristóteles se refiere al embrión que se convierte en árbol. Giordano Bruno escribe sobre una inteligencia que da forma a la materia. Creo que Orson Welles, en *El Ciudadano Kane*, logró captar un hecho sencillo y perturbador. No quiero decir que la ciencia carezca de importancia. Sin embargo, frente a su enorme prestigio y poder, cabe recordar lo que sucede con Kane: el escurridizo recuerdo de un pequeño regalo era la palabra misteriosa que nadie lograba descifrar, Rosebud. ¿Por qué Kane, que había logrado acumular un enorme poder, pronuncia esa última palabra perturbadora de la infancia? ¿Por qué? Escribe Auerbach: “Hay una pertinaz ordenación e interpretación de la vida que surgen de la vida misma, y que son aquellas que se dibujan en cada caso, en el interior de los personajes mismos, que pueden encontrarse a cada momento en su conciencia, en sus pensamientos, y más encubiertamente en sus palabras y en sus actos; pues en nosotros tiene lugar constantemente un proceso de formación e interpretación cuyo objeto somos nosotros mismos”^x.

Esta especie de narcisismo en realidad refleja la imperfección de la mente humana. Ahora mismo quería recordar las ideas sobre las que pretendía escribir y no puedo. Se me olvidan, aunque supongo que retornarán a mi pensamiento después, quizá en la madrugada, o cuando me encuentre en la calle y no pueda escribir. Este olvido -qué olvido no es involuntario- contrasta con cualquier proyecto de replicar la mente humana: si alguien pretendiera clonar mi cerebro, aun cuando consiguiera desarrollarlo con todas sus particularidades, mis dos cerebros funcionarían de manera distinta. Incluso si estuvieran en medios idénticos. Es lo que suele suceder con los gemelos y mellizos. Sondas cerebros idénticos, pero que funcionan de distinta manera.

Uno de los problemas que abordan Wallerstein, Prigogine y Edward Said es el de la incomunicación en que permanecen los distintos saberes. De ahí que se propongan un diálogo entre las ciencias y las humanidades. Pero ¿acaso son escritores como H.G Wells o Julio Verne quienes mejor han llevado a cabo un propósito semejante? ¿O Isaac Asimov, Dick o Lem? Escribe Lem en *La voz del Amo*: “Sólo había que recordar en ese aspecto la historia del proyecto Manhattan y la suerte que habían corrido los científicos que se habían encargado de dirigirlo. Mientras todos los generales que participaron en dicho proyecto consiguieron posteriormente un ascenso y pudieron dedicarse posteriormente a escribir sus memorias con tranquilidad, los investigadores fueron expulsados de ‘ambos mundos’, el de la política y el de la ciencia.”^{xi} Creo que lo mismo sucede en muchísimos casos con quienes se dedican simultáneamente a la literatura y la ciencia, o a la ciencia ficción, que pasaría a ocupar un lugar en ninguna parte. Y con todas esas literaturas limítrofes: la novela histórica, la novela policial, la poesía vanguardista.

Sin embargo, el problema no reside en que semejante diálogo sea imposible. *La guerra y la paz*, por ejemplo, es una novela histórica. ¿Vale más como novela o como documentoo Historia? O, pongamos por caso, las crónicas de José Martí o los reportajes de García Márquez, ¿Deben ser recordados por su contribución al periodismo o por su filo literario? Cuando entramos en este territorio movedizo pareciera que los descubrimientos de la ciencia y los artefactos literarios se encontraran en términos de igualdad, en un ambiente propicio para iniciar un diálogo. Sin embargo, corre el albur de que semejante intención anule la pertenencia de la obra y el hombre a los dos mundos. De que sean



expulsados de las dos esferas. Hasta cierto punto es lo que sucede con la ciencia ficción y con las tentativas de encontrar similitudes entre el hombre y las máquinas, o el hombre y la naturaleza. Con la literatura de ciencia ficción tenemos que no es ciencia ni literatura. Con los androides inteligentes tenemos que no son hombres ni robots. Con los animales inteligentes *idem*. ¿A dónde nos lleva todo esto?

Sospecho, y me hago eco de una idea de Nietzsche, que lo importante en el hombre no es su mera inteligencia, ni su historia. Es su experiencia del tiempo: el hombre vive el acontecimiento, algo que las máquinas y la naturaleza no pueden, hasta donde sabemos, experimentar. El acontecimiento detiene el tiempo, implica la verdadera vida. El momento de la revolución o el momento del amor son el acontecimiento. El momento de un recuerdo querido o el momento de un anhelo largamente acariciado. Esos momentos en los que el tiempo se detiene, como el de la guerra o la catástrofe. Esos momentos se les escapan a las máquinas: el reloj mecánico no reconoce el acontecimiento, pues su manecilla sigue girando sin detenerse. Así mismo, una estrella que nace o una que muere no sabe lo que significa nacer y morir. Por eso Nietzsche contrastaba la experiencia de la vida con la mera erudición: leer significaba buscar heroicamente al autor del libro, no sólo comprender lo que escribía. Este desvío, o este salto, me hace pensar que el diálogo entre las ciencias y la literatura sólo tiene sentido si las ciencias reconocen esta experiencia eminentemente humana de la literatura, del que las ciencias carecen. Los científicos trabajan, como sabemos, por acumulación de esfuerzos: cada científico construye sobre lo que hizo el anterior. Frente a la acumulación, el arte y la filosofía funcionan de golpe, por iluminación: comprender el sentido de vivir no es algo que proviene de un largo estudio, sino algo que otorga sentido al tiempo, a la experiencia, a la compañía o a la soledad. Es, como dice un poema de César Vallejo, un problema de intensidad y altura.

Cabría aceptar, sin embargo, que estas nociones, acontecimiento, intensidad, deseo, son meras ilusiones psicológicas. Que en el futuro, además, nuestro cuerpo y nuestra mente van a evolucionar hacia una simbiosis con la naturaleza y las máquinas. Que, en el fondo, no somos nada especiales. Que el hombre es una nueva metáfora del mono. Así como las máquinas son metáforas del hombre. Que no hay metafísica, ni Dios, ni Nada. Pasamos toda nuestra vida esperando un acontecimiento que nunca sucede, pues no existen acontecimientos: existe una acumulación de hechos que dan noticia del funcionamiento de la naturaleza. Nada más. Creer en el acontecimiento es como creer en Dios, un invento del hombre. No obstante, ese desfase, esa ficción, esa literatura es la que constantemente nos alimenta. El hombre podría ser una metáfora de sí mismo: su imperfección, esa tendencia a las fantasías, al auto-engaño, a la proyección y a la nostalgia, serían su particularidad como especie. El esfuerzo infantil de inventar juegos y afanarse en jugar. No es algo ajeno a los animales, pero en el hombre pareciera cobrar un sentido supremo, verdaderamente enfermizo.

De ahí que la prosa de Wallerstein o Prigogine, y a veces la de Said carezca de esa libertad que alcanza la literatura como tal. Incluso creo que Dick y Lem, que Asimov y el cine de ciencia ficción se concentran demasiado exclusivamente en el contenido y pierden de vista la forma. Acabo de leer una breve biografía de Julio Verne, y no pude evitar contrastarla con la de Rimbaud. O con la de Baudelaire o Flaubert. Pero no hablemos de su biografía, sino de sus obras. Es más, recuerdo ahora mismo un poema de William Carlos Williams: “Fui yo quien me comí las cerezas/ que estaban en la heladera/ las que



guardabas/ para el desayuno de mañana. /Discúlpame/ pero estaban tan deliciosas/ tan dulces y tan frías”. Los personajes de Dick viven en universos paralelos, tienen poderes telepáticos o luchan contra androides. En las adaptaciones cinematográficas los héroes – magos, viajeros- viven experiencias insólitas. Sin embargo, la poesía o la literatura – pienso en la paseante de Baudelaire- llena de sentido una mirada o unas cerezas. No había que llegar a las estrellas en una nave espacial para experimentar el asombro que provocan las estrellas.

El hombre... sería una metáfora de sí mismo. Esa indagación en su propia mente lo torna distinto de la naturaleza y las máquinas. Como decía Adorno en uno de sus ensayos sobre el industrialismo: es una nueva barbarie, una naturalización. La técnica convertida en lo natural. En el intersticio, en el reflejo se encuentran las posibilidades del humor, del miedo, del recuerdo. El lenguaje de la ciencia, la matemática, la química, incluso los escritos científicos resultan pobres frente a la riqueza proverbial de la novela. En el fondo, pareciera que el padre de la ciencia ficción, Julio Verne, pretendía emular a Balzac o a Víctor Hugo tomando por asalto lo que su época le presentaba de novedoso. Sin embargo, la experiencia humana no se detuvo en los juegos de Verne, ni de Wells, ni de los autores que han venido después. Esto no quiere decir que carezcan de importancia y novedad. Lo que sucede, en el fondo, es que su noción del hombre resulta accidental: incluso Lem, que se nutre de la ciencia para sus historias, resulta disminuido o secundario si lo comparamos con Gombrowicz. El pesimismo y el juego intelectual de Lem palidecen frente a la irónica lucidez de Gombrowicz. Mientras en *La voz del amo* los científicos permanecen encerrados en una ciudad secreta, en donde tratan de descifrar un mensaje extraterrestre, en *Ferdyduke* el narrador nos sumerge de inmediato, en las primeras páginas, en un universo moralmente desgraciado, en el que parece predominar cierta experiencia delirante. La experiencia de Lem se funda en algo extraordinario, la de Gombrowicz parece común y corriente. ¡Pero la angustia de Gombrowicz es tremenda! Yo diría que es más abrumadora -lo peor de todo es su risa maliciosa- que la de Lem. Lo mismo sucede en *Cosmos*, *Pornografía* o *Trasatlántico*. Los dos son escritores polacos. Los dos pertenecen a la misma época. Pero mientras en Lem el peso de la ciencia, de la historia y de la humanidad dotan a su escritura de un halo convencional, en Gombrowicz tenemos a un loco, o a algo peor que un loco, contándonos una historia: en *Cosmos*, por ejemplo, los estudiantes que van al campo comienzan a creer que encuentran pequeñas señales en todas partes, en una manchita en el techo, en unas migas de pan en la mesa, en un silencio o un ruido. Y al final, esas pequeñas señales le llevan al descubrimiento de un crimen. El hombre indaga en su propia mente y descubre formas insospechadas.

En un escrito de Wallerstein, *Después del desarrollismo y la globalización, ¿Qué?*, el pensador norteamericano intentaba una predicción de lo que vendría en los inmediatos años venideros. Según Wallerstein se iban a profundizar las diferencias entre el norte y el sur, y los recursos naturales iban a agotarse. Además, la expansión del capitalismo iba a ser total: le iba a resultar difícil encontrar nuevas masas obreras a las cuales explotar. Un fenómeno como el que estamos viviendo, la pandemia del coronavirus, es una especie de campanada, de punto de partida de un nuevo tiempo. Como quería Prigogine, la flecha del tiempo provoca innovaciones, saltos. Sin embargo, la idea de historia se funda en que algo cambia y algo permanece. ¿Será que la conciencia moderna, fundada en la literatura y la filosofía, es capaz de permanecer? ¿Será que en un tiempo no muy lejano la fusión entre la naturaleza, la máquina y el hombre produce un ser nuevo? El hombre digital de nuestra era parece radicalmente distinto no sólo del



hombre medieval, o del hombre de hace diez mil años, sino incluso del hombre del siglo XIX. La imagen del mundo que se hacía Dante o que se hacía Santo Tomás hoy nos parece una extravagancia. Parece que en un tiempo no muy lejano el simple hecho de leer un libro en papel va a resultar extravagante. Pero me atrevo a pensar que eso no va a significar el fin de las humanidades, es decir, de las lecturas que implican una experiencia. Todavía vamos a buscar a Dante o a Santo Tomás.

Post-Scriptum

¿Cuándo el mono se convirtió en hombre? La sociobiología pretende que el hombre es un animal entre otros. Pero me aferro a creer que la inteligencia humana ha provocado una radical diferencia entre los monos y los hombres. ¿Qué es esta inteligencia? ¿Cómo pudo llegar tan lejos? ¿Algún día las máquinas van a estudiar su historia para tratar de comprender en qué momento el hombre dio lugar a la máquina?

ⁱ Benjamín, Walter, *La obra de arte en la época de la reproductibilidad técnica*, Ediciones Godot, Buenos Aires, 2020.

ⁱⁱ Yehya, Naief, *El cuerpo transformado. Cyborgs y nuestra descendencia tecnológica en la realidad y en la ciencia ficción*. Paidós Amateurs, México, 2001.

ⁱⁱⁱ Dick, Philip, *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, Planeta, Barcelona, 2008.

^{iv} Lem, Stanislaw, *Solaris*, Impedimenta, Barcelona, 2017.

^v Lem, Stanislaw, *Magnitud imaginaria*, Impedimenta, Barcelona, 2017.

^{vi} Prigogine, Ylia & Stengers, Isabelle, *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*, Alianza Universidad, Madrid, 2004.

^{vii} Dick, Philip, *Ubik*, Lelibros.org. Consultado en: <https://lelibros.online/libro/descargar-libro-ubik-super-ficcion-en-pdf-epub-mobi-o-leer-online/>

^{viii} Lem, Stanislaw, *El congreso de futurología*, Barral editores, Bogotá, 1970.

^{ix} Lem, Stanislaw, *La voz del amo*, Impedimenta, Barcelona, 2018.

^x Auerbach, Eric, *Mímesis: representación de la realidad en la literatura occidental*, Fondo de cultura económica, México, 2014, p. 354.

^{xi} Lem, Stanislaw, *La voz del amo*, Impedimenta, Barcelona, 2018, p. 54.